

LA VOZ DE LA JUVENTUD

Periódico Semanal Científico - Literario

ADMINISTRACIÓN
CALLE DE LA AGRACIADA . . . 84
• XACIEL 58

Directores y Redactores: CARLOS MUÑOZ Y AVILA — CORNELIO VILLAGRA

ADMINISTRADOR: PRUDENCI VÁZQUEZ Y VEGA

SUSCRICIÓN

POR MES \$ 2.67 (280)

NUMERO SUELTO \$.25 CTS.

COLABORADORES: — Prudencio V. y Vega — Samuel Donovan — Ramón López — Budecio Canosa — Augusto Serralta — Ana Ito Díaz — C. B. Williams — Teófilo D. Gómez — Justo J. Caraballo — José G. Bustos — Estanislao Pérez — Juan Z. de San Martín — Enrique Aranda — Angel G. y Álvarez — Julian G. Miranda

REVISTA GENERAL

SUMARIO: — Nuestro periódico — Crónica teatral — La Sociedad Filo-Histórica — El aula de Filosofía y el Dr. Berra.

El último Domingo no apareció la *Voz de la Juventud*, á consecuencia de haberse descompuesto la máquina por donde se imprime.

Sin embargo, reparada el Martes se tiró el diario y esa misma noche fué repartido.

Suplicamos á nuestros favorecedores nos perdonen esta demora, cuya causa no nos ha sido posible evitar.

El Domingo pasado asistimos á la representación del bonito drama titulado *El Rey y el Acenturero*, y salimos, así como el público todo, satisfechos de su buen desempeño.

Se trabajó también de dia, y como es natural en estos casos, una regular concurrencia del *pueblo* habitante de las *etíreas* regiones del paraíso, poblaba el teatro.

Como no somos amantes de las *fuertes emociones* presentes quedarnos en ensa; para gozar el Miércoles con el precioso drama caballeresco, cuyo título es *El Trovador*, dado á beneficio de la señora Concepción Musso de Reig, con cuya obra aquella se despedía del público montevideano.

El Trovador es un drama en prosa y verso, escrito por un soldado en el campamento de los ejércitos y cuya producción le acarreó una gloria inmortal.

Allí se ven pintadas las escenas horrorosas de la Edad Media y principios de la moderna, en donde el bárbaro suplicio del hierro y el fuego arrancaban á los inocentes confesiones de crímenes que jamás habían pretendido cometer.

Allí el cariño que un hijo profesa á la que supone su madre, rechaza el amor acendrado de una mujer que amaba; colocado entre el amor al ser que nos llevó en sus entrañas y la pasión que se profesa á otra mujer por la cual contraemos una viva y afectuosa simpatía, prefiere morir en el cadalso antes que ceder á los ruegos de su querida y á los albergos de la libertad: muere y aquella infame que le aseguró ser su madre, solo era una pérflida que sacrificó la vida de un hombre para saciar su sed devoradora de venganza

El verso de *El Trovador* es inmejorable: los artistas en general trabajaron bien, particularmente la beneficiada y el señor Cortés. La señora Musso tuvo escenas en las que

demostró una vez mas sus verdaderas dotes artísticas, así como también la señora Remerall.

Las petipiezas dadas estas noches, son bonitas, particularmente la titulada *Lluecen hijos*, que mantuvo al público en una risa continua.

Esta noche tiene lugar la representación del bonito, quanto aplaudido drama *Los pobres de Madrid*, cuya obra recomendamos al público.

El Miércoles celebró sesión la ilustrada y progresista Sociedad Filo-Histórica, con el objeto de oír la disertación que sobre la influencia de las invasiones inglesas al Río de la Plata, hizo el Presidente de aquella asociación Dr. Don José Sienra y Carranza.

Conocidas las dotes oratorias del Dr. Carranza, solo diremos que su improvisación gustó al auditorio y fué aplaudido calorosamente.

Hicieron uso de la palabra D. Enrique Azarola para apoyar las opiniones vertidas por el disertante y D. José G. Bustos para impugnarlas; hablaron además algunos otros señores, cuyos nombres no recordamos en este momento.

No concluiremos estas líneas sin felicitar al Dr. Carranza por el empeño decidido que demuestra en corresponder á la distinción con que le honró la Sociedad al confiarle el cargo de Presidente. Sus esfuerzos, unidos á los de los socios, hacen marchar á la Sociedad Filo-Histórica al apogeo de su gloria, y no está lejano el dia en que se vean realizadas sus nobles aspiraciones.

Continúe el Dr. Carranza en esa simpática senda y la juventud mucho tendrá que agradecer á sus esfuerzos patrióticos y desinteresados.

A consecuencia del fallecimiento de la Sta. Isabel Ellauri y la enfermedad de otra hermana, nuestro catedrático de filosofía D. Plácido Ellauri, no asiste al aula, regenteándose la interinamente el Dr. D. Francisco A. Berra.

El Dr. Berra es competente indudablemente y por más que los estudiantes lamenten la separación momentánea de nuestro viejo catedrático, aquél sería aceptado con placer si la hora que ha designado para la clase, no perjudicara á la mayor parte de los estudiantes.

En efecto; á las tres de la tarde es casi imposible que una gran parte de los alumnos que frequentan el aula de filosofía, asistan con puntualidad, porque con raras excepciones

nes, todos están empleados y no les es posible abandonar sus ocupaciones particulares.

Esperamos que el Dr. Berra cambie la hora intempestiva de clase por otra que ofrezca mas ventajas y comodidad á los estudiantes.

Instituciones civiles y religiosas del siglo XV —el renacimiento

TESIS LEIDA EN EL AULA DE HISTORIA Y PRESENTADA
EN LA SOCIEDAD FILO-HISTÓRICA

(Conclusion)

Italia, la encantadora Italia, con sus fioridos vergeles, con sus hermosas campañas, con sus poéticos y fascinadores horizontes debía tomar la iniciativa en el movimiento regenerador; la imaginación ardiente de sus hijos, retemplada por el sol del Mediódia debía acoger con entusiasmo las nuevas ideas y elevarse en el delirio de la inspiración hasta las concepciones sublimes del genio; así es que la vemos producir con prodigiosa fecundidad, á la sombra de los recuerdos aun palpitantes de Dante y de Petrarca, nuevos e ilustres ministros del egregio apostolado de la ciencia, que, ya creando con la ayuda de su fecunda inventiva nuevas e impercederas obras que muestran hasta donde puede llegar el espíritu humano consagrado á los tranquilos combates de la inteligencia, ya arrancando al polvo del olvido los portentosos monumentos de la antigüedad, impulsan al género humano por la senda de la ilustración y la sabiduría.

A la cabeza del renacimiento científico y literario se encuentran tres grandes genios, que desgraciadamente han impregnado sus escritos con el ambiente de corrupción que inficionaba su época: Maquiavelo, Ariosto y Guicciardini. Vamos á prescindir completamente de sus personalidades, vamos á dejar á un lado las borrosas manchas que han cubierto de lodo su reputación para no fijarnos sino en sus producciones, para no ver en ellos sino á los infatigables obreros del adelanto intelectual que concurren con su valioso contingente á la obra monumental de la emancipación del pensamiento humano.

Nicolas Maquiavelo, el profundo político que retirado en su humilde casa de campo, en medio de la soledad que le rodea, concibe el gran problema de la unidad de Italia, debe ser considerado, no como el hombre corrompido que pone su talento al servicio de la causa de la tiranía, no como el genio del mal que inventa nuevos medios para entronizar en su patria bajo sólidas bases la corrupción mas refinada sino como el digno ciudadano que la vé destrozada por la anarquía mas profunda y que en la desesperación que le produce su desconsolado estado aconseja en *El Príncipe* á los despotas que se dividen los girones despedazados de la Italia los medios mas infames para esclavizarla por completo, para que si aun existiese en el corazón de sus hijos algún resto de pundonor y de patriotismo, lo manifestasen arrojando y exterminando para siempre á los repugnantes buitres que devoraban sus entrañas.

Después de *el Príncipe*, sus obras mas notables son los *Discursos sobre las Décadas de Fito Licio*, y las *Historias Florentinas*, en que apartándose del común de los historiadores, que se contentaban á narrar simplemente los hechos, se eleva sobre ellos, investigando sus verdaderas causas y emitiendo imparciales juicios sobre los sucesos y los personajes que figuran en las épocas que se ha propuesto describir.

Ludovico Ariosto, imaginación de fuego, soñador incansable en cuyas acciones se nota siempre la galantería del caballero andante, que improvisaba los cantos de su famoso Orlando viendo estrellarse en las playas de Bolonia las impetuosas olas del perezoso Poe, es el cantor por excelencia de la Edad Media que narra los hechos inverosímiles de la tradición caballerescas en estrofas que elevan su obra á la categoría de uno de los mejores poemas y que no desmerecen en nada por su magnificencia y por su valentía de los cantos grandiosos de Virgilio y de Dante.

Francisco Guicciardini, espíritu inteligente y claro, educado en los continuos vaivenes de la política, probado á menudo en los sufrimientos y en las adversidades, es el historiador ilustrado y severo que aplica acertadamente la elocuencia á la narración, amenizando la natural avidez de esta con magníficos y pomposos discursos, y empleando un estilo á la vez elegante y sencillo, demuestra poseer un caudal inagotable de conocimientos, sobreponiéndose aun algunas veces sobre las prohibiciones de los tiranos de su época, cuyos retratos traza, dejándose guiar por los móviles de la mas estricta imparcialidad, mereciendo ocupar un puesto distinguido entre los primeros historiadores de la humanidad.

Alrededor de estos tres grandes genios y girando en torno de ellos cual los satélites que vemos en el firmamento girar alrededor de los planetas, contemplamos una multitud de filósofos, de poetas, de historiadores que siguiendo el movimiento general de la época beben sus inspiraciones en las fuentes puras y cristalinas de la antigüedad.

Entre ellos sobresalen Marsilio Ficino que traduce y comenta las obras del célebre Platón, derrocando de su usurpado trono á Aristóteles, al tirano de las inteligencias; Bernardino Telerio, el reformador que intenta cambiar el método que se había empleado hasta entonces en las investigaciones rutinarias de la filosofía escolástica; Angel Policiano, el inspirado poeta que rompe en pedazos su delicada pluma, reconociendo la insignificancia y la pequeñez del tirano que ha tomado por héroe de su poema; Jacobo Sannazar, que se despide de patria en estrofas llenas de sentimiento y de ternura, al marchar al destierro de lo llama la fidelidad mas acendrada; en fin, Benito Varchi, que recibe por único premio de la imparcialidad que fué su norma al escribir su *Historia de Florencia*, la supresión de su importante obra, como que ofendía la personalidad de los tiranos que dirigían los destinos de su patria.

Hacia el año 1500 hacia el viaje de Italia á Inglaterra, vestido con el traje del estudiante holandés un jóven que llamaba la atención por su aspecto serio y pensativo, y

muchas veces, cuando tenía que detenerse en algún punto, se le veía buscar los lugares mas agrestes y solitarios para entregarse á sus profundas meditaciones: era Erasmo que componía su *Elogio de la locura*. Esta obra en que encubierta, bajo el velo de la mas punzante sátira, se ponía de relieve la corrupción de las órdenes religiosas y los desórdenes que se ocultaban bajo los sombríos claustros de los conventos, es el primer paso dado en el sentido de la emancipación del pensamiento, y su autor, al mismo tiempo que brilla en ella por el estilo y la profundidad de sus ideas, formula la primera protesta que pudo impunemente arrojar el espíritu humano á la faz de los verdugos que le arrababan el ideal supremo de sus aspiraciones, la sublime y encantadora libertad.

En Francia, Marot y Reguier emplean su fecunda vena en presentarnos bosquejos satíricos de la galantería inmortal de la corte de Francisco I, mientras que el punzante Babelais, el precursor del inmortal Cervantes, pone en ridículo la afectación caballerescas de esa corte disipada y corrompida; al mismo tiempo la España, derrotada en sus últimos baluartes, la raza que durante cincuenta años había disputado palmo á palmo su territorio á los descendientes de los antiguos godos, empieza á dedicarse al cultivo de las ciencias y de las letras, y Boscan, Garcilaso de la Vega y Diego Hurtado de Mendoza repercuten el eco de sus dulces y armeniosas canciones en las verdes riberas del sereno y magestuoso Tajo; finalmente, las naciones del Norte que ven perennemente desaparecer sus montes y sus bosques bajo espesas capas de nieve y cuyo carácter frío y profundo no se deja entusiasmar por las fantasías ideales de la poesía, producen á Copérnico, que viene á destruir el falso sistema que había dirigido hacia mucho tiempo á los hombres por la senda de los descubrimientos astronómicos, probando teórica y prácticamente el movimiento de rotación y revolución de la tierra.

Al mismo tiempo que se efectuaba este grandioso adelanto en las ciencias y en las letras, las artes renacían de nuevo bajo el impulso de prodigiosos espíritus que hacían olvidar ante los ojos asombrados del hombre las pinturas admirables del ingenioso Apeles y las portentosas estatuas del célebre Fidias; el genio extraordinario de Miguel Angel llenaba las inmensas bóvedas de la Capilla Sixtina con las etéreas y divinas figuras de los moradores del cielo; el célebre Rafael de Urbino decoraba las espaciosas estancias del Vaticano con los mas sublimes y calmarantes hechos de la religión, representados en toda su verdad y su pureza; Leonardo de Vinci, Corregio y Ticiano poblaban el poco antes vacío lienzo con las mas esquisitas concepciones de la imaginación; y el vasto pensamiento de Bramante creaba el edificio monumental de San Pedro, digna obra de la fastuosidad y esplendor de los pontífices romanos.

Voy á concluir, señores. El renacimiento de las ciencias de las letras y de las artes en la Edad Moderna es á mi parecer el primer paso del pueblo, de ese pueblo deprimido y vejado por la tiranía de los nobles y por el despotismo de los reyes, en la revindicación de sus derechos, de ese pueblo que apenas ha reconocido su importancia y apenas ha medido la extensión de su poder y de sus fuerzas al ser

empleado por los representantes del despotismo real para destruir el sistema feudal que predominó durante la Edad Media, se dejó llevar de su amor á la libertad hasta el extremo de que no pudiendo expresar sus ideas y sus convicciones sin sufrir las persecuciones mas infames y los mas atroces suplicios, afila sus armas en los altares de la verdadera ciencia representada por los grandes pensadores de la antigüedad para poder librarse mas tarde con poderosos elementos la gloriosa batalla en que envuelto en los recuerdos de sus trofeos y victorias, caerá de rodillas el coloso infame del absolutismo ante las gradas del portentoso templo de la democracia.

Montevideo, Julio 19 de 1875.

José G. Bustos.

Pensamientos

En medio de las profundas meditaciones que nos han sujeto siempre los terribles sucesos de que el país ha sido víctima, nuestro espíritu atribulado ha logrado convencerse de que el ideal que acaricia la juventud ha de prever á fuerza de constancia y aplicación continua de la inteligencia, sobre el capricho de los que no cediendo al influjo de las buenas ideas, pretenden hacernos rodar la pendiente hasta llegar al insosnable abismo.

Y porqué no alimentar esa convicción? Porqué no calentar nuestra alma con el fuego vivificante y alentador de la fe patriótica y desinteresada? ¿Qué? Acaso los hombres que actualmente censuramos se hallan condenados á perseverar á perpetuidad en el error, y á arrastrar una vida criminal y miserable?

La fe depositada en el alma humana es la prueba mas acabada y concluyente de la grandeza de Dios. Esa instrucción misteriosa que induce al hombre á perseverar en la senda de la verdad y de la virtud, es, no puede dejar de serlo, la señal estampada en la conciencia humana por la eterna justicia.

La injusticia solo suele ejercer en las sociedades un imperifugaz y deleznable, como lo prueba acabadamente en sus elequentes páginas el libro respetado de la historia, como lo establecen y lo consagran de consumo en sus inapelables fallos, la conciencia y la razón humana.

Enardecido el ánimo por el noble y ardoroso deseo del triunfo decisivo de la verdad sobre el error, del derecho sobre el falseamiento de los principios tutelares de la justicia, la juventud, ese batallón sagrado de las instituciones, ese centinela avanzado del progreso, resueltamente, aunque en su meritario empeño exhala el último aliento, á disparar para siempre las densas brumas que oscurecen los horizontes del futuro, las espesas nubes que cubren el limpido cielo de sus esperanzas.

Permundo en las masas hábitos de virilidad y consecuencia, retemplando el espíritu de los débiles en el santo sa-

grado amor de la honestidad y de la ley, resolvíramos el problema que aterrador se presenta á nuestra vista y que lacera dolorosamente nuestro corazón.

Altamente imputable á los ojos de la posteridad sería esterilizar en la inacción los rigurosos elementos que pudieran servir con eficacia los propósitos que nos prometemos alcanzar con sin igual feson.

Para lograr que nuestras ideas se encarnen traduciéndose al terreno de la práctica, de la acción y de la lucha, es necesario que los beneficios rayos de la enseñanza penetren en la inteligencia de todos los que están llamados á pesar con su influencia y con sus luces en los importantes destinos de la patria.

Si es ciudiano cuando se tiene una alta y clara concepción de los deberes que el hombre contrae para con la deidad sublime, á cuyo nombre se ejecutan las grandes acciones que adornan los anales de la vida política de los pueblos.

Ya que la actualidad contrista y abate nuestro espíritu, ávido de respirar una atmósfera pura como el caudal de nuestros sentimientos, conformémonos con la contemplación, á través del tiempo, de las grandezas del pasado.—Vivíamos de la esperanza y del recuerdo.

La educación religiosa en los colegios del Estado

Esta vez mi querido contendiente refugiado quizás en sus últimos atrincheramientos, pretende que la fe que germina en mi espíritu me impide examinar con la *luz de la razón y el recto juicio la cuestión que nos ocupa*.

Es una verdad bien desconsoladora por cierto, que en nuestro siglo se consigue mas con pomposas palabras y artificiosas declamaciones que con la prudencia y la buena lógica con que deben tratarse cuestiones tan importantes, sin abandonar la fe, que es la brújula que dirige convenientemente nuestra marcha, cuando iniciados en la limitada ciencia de los hombres y rodeados cada vez mas de espesas nieblas, sentimos que la duda, el frío glacial del escépticismo se apoderan de nuestro espíritu.

Oíreis decir á menudo que al vuelo magestuoso del pensamiento nadie tiene derecho á poner trabas; y si no credeis á esa bella ilusión del que todo lo mira bajo un prisma favorable, mereceréis el título de fanáticos!

No me extraña, pues, que mi amigo Vazquez que rinde culto á la ciencia modernizada, según la expresión de un escritor contemporáneo, me desconozca la rectitud de juicio que yo creo tener, sin que á ello se opongan mis creencias religiosas.

Pero no puede quejarse ciertamente de que yo le haya cerrado el paso al examen á que he sometido todos mis principios—El Sr. Vazquez ha pedido muy bien discutirlos—sino lo ha hecho no es más la culpa.

Bien sé que nuestro debate es materia de derecho constitucional, pero también sé como lo manifiesto en mi artí-

culo anterior, que se halla relacionado intimamente con la religión, que es ocasión de sistemas enteramente opuestos en esta importante materia.

Es completamente incierto que yo diga que soy intolerante porque mi religión lo prescribe; no—soy intolerante porque creo poseer la verdad, y en tal caso sería muy triste que mirara el error con indiferencia.

Pero estamos girando en un círculo viciado. Hemos abandonado la cuestión primordial; nos hemos desviado del terreno que nos habíamos señalado. El señor Vazquez lamenta ese desvío, cuando él mismo lo ha provocado. Empieza para dilucidar la verdadera cuestión por hacer afirmaciones completamente falsas, como ya se lo he hecho notar en mis anteriores artículos.

El señor Vazquez comprende que cada vez mas se le va estrechando el campo de sus argumentaciones y pretende para que le deje mas espacio, que me desligue de mis creencias religiosas, cuando él me conduce irremisiblemente á ese terreno; y en apoyo de esta verdad, véase sino la conclusión del artículo donde afirma con un aplomo admirable que *no puede citar cuando quiera pasajes de la biblia completamente inmorales, pasajes que revelan mas la ira de un Dios vengador y cruel, que la dulzura, suavidad y justicia de un Dios perfecto y bondadoso*. Esta afirmación como se comprende perfectamente no se puede pasar por alto, y es materia de un debate independiente del que nos propusimos.

Sin embargo, yo no rehuso la discusión sobre este punto y si el Sr. Vazquez quiere lo trataremos detenidamente como corresponde. Este es el único medio de que nuestra polémica no se haga confusa e interminable.

Es necesario empezar por la base. Yo digo que mis doctrinas son verdaderas y una vez que lo haya probado tendremos adelantado mucho. Seguidamente vendrá la cuestión de si siendo buena la religión que yo profeso se debería ó no enseñarse en los colegios del Estado. Es indudable que bajo el punto de vista de la moral, era conveniente para el mantenimiento de esta. La religión ha dicho un publicista nada sospechoso para el Sr. Vazquez—D. Agustín de Vedia—que la religión era el alma de los pueblos, lo que equivale á decir—que es la vida, que es la palanca poderosa que ayudaba á encarrilar á la sociedad en la senda del orden moral. Simón Julio, si mal no recuerdo, se expresa en este mismo sentido; y es evidente que probar la la bondad de una religión, es ésta la que debe enseñarse. Decía D. Juan del Carmen Souverbielle contestando á la proposición de Vedia. «Pero si el sentimiento religioso es el alma de los pueblos ¿quién puede prohibir en un pueblo democrático que se favorezcan y cultiven los principios por los cuales se ponga en desarrollo este sentimiento vital?»

«Conqué motivo, conqué pretesto se ha de ahogar aquel sentimiento civilizador, bajo la capa de la mas impenetrable ignorancia religiosa?»

Es tan evidente que la educación religiosa debe darse con la instrucción puramente científica, que Mr. Lauvergne, médico del presidio de Tolón, dice que los criminales mas incorregibles eran aquellos que recibieron mas instrucción.

Pero dice el Sr. Vazquez que lo que se les debe ense-

ñar á los niños son los principios de la moral. A parte de que la moral cada cual puede entenderla como mejor le parece—una vez que se hubiera probado que la religión católica, por ejemplo, era moral, no tendría inconveniente en reconocer la necesidad de que se enseñase. En buena hora empecemos por ahí si gusta.

Esto es en cuanto al orden moral. Respecto á la cuestión de derecho, ya se la he deslindado perfectamente al Sr. Vazquez.

Al efecto voy á reproducir algunos de los argumentos que le hice en mi artículo anterior, los cuales no me han sido contestados sino con débiles objeciones que destruiré de paso.

Dije que la mayoría tenía derecho á exigir del Estado la enseñanza religiosa en los colegios, por cuanto pagaba su tributo y que no era lícito que se prescindiera de ella, pagando como paga para que se enseñe debidamente. Y entiéndase que yo no niego que los judíos ó protestantes pudieran decir lo mismo. ¿Qué haría en tal caso el Estado? Es indudable que tendría que decidirse por algunos, y dado esto conflicto, la mayoría debería tener la preferencia.

Ya vé el señor Vazquez que en este caso la mayoría tiene derecho, y es indudable que así lo ha reconocido cuando no me ha contestado á este argumento.

Dije también que no era un ataque á la libertad de conciencia la enseñanza religiosa; por cuanto los niños se educaban según la voluntad de sus padres; que tampoco tenían conciencia para juzgar de la bondad ó falsedad de una religión cualquiera.

A este argumento, que no ha podido destruir el señor Vazquez, contestó de un modo muy original—dice que yo cometí *un grave error* al decir que los niños no tienen conciencia, y que para convencerme de lo contrario lea cualquier texto de filosofía. Se concede que el señor Vazquez estaba de muy buen humor. Bien sabe el señor Vazquez que yo he estudiado filosofía, de lo contrario mal podía sostener este debate esencialmente filosófico. Bien sabe también que eso no lo ignora ni una criatura. La facultad de la conciencia es innata como todas las facultades del alma, y mal podría decir lo que se opone al sentido común.

Dije que los niños no tenían conciencia en el sentido de que no podían juzgar con la seguridad del que ya la tiene en su completo desarrollo.

Ahora bien, el Sr. Vazquez quiere que diga que no la tienen completamente clara?—lo mismo tiene—mi argumento, siempre queda en pie, que es lo que yo pretendo.

Podría yo también decirle al Sr. Vazquez que leyera cualquier texto de filosofía y se convencería de que la conciencia no es material para que se pueda llamarle clara ni oscura. Pero ¿con qué objeto? mi argumentación tiene algo mas fuerza que eso, por cuya razón no la destruye el Sr. Vazquez.

Dije al principio que nos habíamos desviado de la cuestión, por lo que pasó por alto los demás argumentos que trae en el artículo á que contesto en la parte relativa á nuestro debate, prometiendo ocuparme de todo él en un artículo separado. El estrecho espacio de que podemos disponer por un lado, y el temor de molestar á nuestros

lectores por otro, me inhabilitan para ocuparme de todo en este número como hubiera deseado.

El Sr. Vazquez puede si quiere aceptar la discusión como se la propongo, evitando de ese modo la confusión que necesariamente tiene que originarse.

AGUSTIN V. SERRALTA.

Muérete y verás

(Artículo progresista)

Y si lector dijeres ser clemente,
Como me lo contó te lo cuento.
Proc.

I

D. Meliton Durquiola era un hombre pacífico, bueno, afable y cariñoso.

Se había casado con una porteña que tenía fama de coqueta, y que le había hecho creer que le adoraba; bien es cierto que D. Meliton tenía mucho dinero y nada tiene de particular que en este siglo de las luces séamos algo afectos á los brillantes. ¿Cómo que despiden tantas chispas, y son tan vivas, tan hermosas?

El resultado es porque Sara (que así se llamaba ella) había empezado á mostrar la hilacha un mes después de casada; y no era por cierto esta hilacha de lo mejor.

Figuras. La casa de D. Meliton era una babel, un revoltijo que daba náuseas. Los patios amanecean y anochecían súicos, llenos de polvo y barro; en las habitaciones, las colchas, las frazadas, sábanas, fundas, pantalones, enaguas, sombreros, se hallaban esparcidos por el suelo, por sobre y bajo de las sillas, en las mesas, en las mesas, en los sofás y hasta en los aparadores;—el escritorio de D. Meliton servía de tocador y de mesa de cocina, porque en él compartían un mismo sitio polvos de arroz, Velontine Fay, yerba aguardiente, cintas, cabelleras, azúcar y otras frioleras de este jaez; en fin y en una palabra ó en diez mejor dicho, aquello era un cuadro magnífico de la haraganería más refinada.

D. Meliton empezó por toser, se rasgó la calva, continuó por tomar polvos febríamente, y concluyó por escupir de una manera atroz.

Y sin embargo, no era tanto en verdad el abandono de su Eva lo que le ponía el humor negro;—había notado que un capitán de artillería que vivía desgraciadamente en la vecina opuesta, y del que decían pester las solteronas del barrio, pasaba cien veces al dia por delante de su casa mirando hacia el interior con una insistencia que merecía un garrotazo.

Nuestro hombre había callado porque no le convenía tener disputas con nadie, mucho menos con un militar, é infinitamente menos por cuestiones de telégrafos, besos néreos y otras frioleras, que al decir de algún chismoso, prodigaba el militar á Sarita cuando ambos se encontraban en Palermo, en el Retiro ó en alguna parte.

Para él aquellos amores, caso de haberlos, no podían ser mas ideales, como que eran néreos; y después disculpaba interiormente á su mugercito diciéndole que era natural

que se distrajera y que «una golondrina no hace verano»; si bien sudaba como condenado á la sola idea de que «el que hace un cesto hace ciento».

Pero un dia plia alegro! D. Meliton volvió de la oficina muy temprano porque se hallaba indisposto. Su mujer, cerca de Merlo D. Meliton se sintió acometido de un violento accidente; sus ojos se dilataron; su nariz aspiraba el aire con fuerza; su boca desmesuradamente abierta echaba espumarajos; se contrajeron los músculos de su cara; crispáronse sus nervios, y sus facciones desencajadas, lividas, revelaron que se hallaba presa de incedible furor.

De un movimiento rápido y gresero volteó la pamela y cabellera postiza de una viuda fresca, gruesa señora que iba desgraciadamente á su lado, dejando en descubierto una calva más pelada y lisa que la plaza de la Arena; y de un soberbio puñetazo conmovió las narices de un inglés que estaba mirando pacífica y flemáticamente la calvicie nombrada. Un largirucho doncel que alif iba se arrojó por la ventana del wagon y fué á caer de barriga sobre el alambre de un cercado que se extendía á lo largo del terraplen.

El pillete había desaparecido.

II

Lo que pasó por la cabeza del pobre hombre no es cosa de explicarse. Despues de mil vacilaciones rompió el sobre y leyó:

Señora:

Las catárticas del Niágara no ruedan más naturalmente al abismo como vuelan mis pensamientos hacia vos. Deciros que es amo es inútil; bien pedís haberlo leido en la expresión inequívoca de mis ojos.

Napoleón, el célebre guerrero, tuvo su Waterloo; San Martín su cancha rayada; Byron dijo á propósito del primero, que fué muy pequeña aquella llanura para tan gran tragedia. ¿Acaso será también pequeño vuestro corazón para comprender el impetuoso amor que como la ardiente lava del Vesubio se esparrama por todo mi ser amenazando calcinar mi existencia?

Yo os amo, señora; yo os adoro. Cuando la luna bañaba con su tenué luz las cumbres del Acrecorinto, Saffo la infeliz, llevaba su amor inmenso;— cuando el toque de Diana como centinela avanzado, anuncia la proximidad de Febo, yo también, señora, lloro una incertidumbre que me es más pesada y cruel que el tormento de Sísifo.

Una palabra vuestra será mi muerte ó mi gloria.

Crisóstomo.

Esta carta espeluznable dió al traste con toda la paciencia de D. Meliton; y no sabiendo que hacer consultó el caso con el boticario de la esquina, y este discretísimo le aconsejó que proyectara un viaje, se muriera *engaño pickanay*, como decimos nosotros, y despues pendrían en práctica un plan que debía descubrirles los culpables ó aclarar la cosa, dejando de todos modos despejada la situación.

Don Meliton pasó una noche cruel analizando el medio propuesto; temía el escándalo.

Pero hizo un esfuerzo sobrenatural y se prometió cién veces tener suficiente valor para conocer su desgracia.

III

Al dia siguiente D. Meliton empezó á simular los aportes para el viage. Hizo su maleta, dió un mordisco en vez

de beso á su cara mitad y salió de su casa como individuo corrido por perros.

Reunióse con el boticario y ambos se dirigieron á la Estación del Ferro-Carril del Oeste, donde tomaron pasaje de primera clase para Chivilcoy.

Ya cerca de Merlo D. Meliton se sintió acometido de un violento accidente; sus ojos se dilataron; su nariz aspiraba el aire con fuerza; su boca desmesuradamente abierta echaba espumarajos; se contrajeron los músculos de su cara; crispáronse sus nervios, y sus facciones desencajadas, lividas, revelaron que se hallaba presa de incedible furor.

De un movimiento rápido y gresero volteó la pamela y cabellera postiza de una viuda fresca, gruesa señora que iba desgraciadamente á su lado, dejando en descubierto una calva más pelada y lisa que la plaza de la Arena; y de un soberbio puñetazo conmovió las narices de un inglés que estaba mirando pacífica y flemáticamente la calvicie nombrada. Un largirucho doncel que alif iba se arrojó por la ventana del wagon y fué á caer de barriga sobre el alambre de un cercado que se extendía á lo largo del terraplen.

De dos niñas que viajaban solas, la morena se desmayó en los brazos de un alferez, y la rubia se asustó tanto que saltó sobre estos y fué á caer de brúces sobre el piso, luciendo gratuitamente sus torneadas pantorrillas y cogiéndose del hábito de un fraile que iba tranquilamente durmiendo en un rincón del carro; y quién, despertándose bruscamente, y figurándose que era aquél un atentado petrolero, empezó á repartir tan récias trompadas que parecióndole al inglés buena la cosa, sintiendo recién los efectos morales del puñetazo anterior, la emprendió furiosamente con él, alcanzándole á dar tan violento zéquis en la clavícula, que el pobre fraile con protegida y todo fueron á aumentar el peso que gravitaba sobre el alferez.

A todo esto la viuda gritaba y gesticulaba como enemigo, y venía á completar la armonía del cuadro los desaforados ladridos de su falderito, los eucillos penetrantes de unos parvulitos que se habían asustado en el compartimiento inmediato, y los angustiosos gritos de unas miserias gallinas que llevaba el buen cura, y sobre quienes pataleaban de mancomun et in solidum D. Meliton, la viuda y el boticario.

Este último parecía como aquel hidrófobo ó leco. Pugnaba con todas sus fuerzas por contraer á su amigo y aumentaba hermosísimamente el escándalo.

Por fin D. Meliton pareció acometido de un violento sincope y cayó pesadamente sobre las faldas de la viuda á quien (por desgracia suya) había dejado su marido una obra póstuma que abultaba ya no poco.

El barullo había durado de cuatro á cinco minutos. Los guarda-trenes atraídos por aquella algazara infernal llegaron á poner fin á la escena cuando el boticario abrazándose al inanimado cuerpo de su amigo decía gimiendo:

— ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Pobre Meliton!

A esta revelación la viuda que empezó á llorar amargamente y el falderito, sintiendo quejarse á su ama, empezó á lanzar lastimeros aullidos.

El cura recogió su herario, se desarremangó, y se vino al disfunto á rezarle alguna oración.

La *morechita* entre tanto seguía desmayada artísticamente en los brazos del alferez.

Sonó el silbato, y nuestros viajeros llegaron á Merlo, donde bajaron al pobre Durquiola. No faltó una persona caritativa que le ofreciera al boticario una habitación donde poner al muerto, á quien aquél pensaba traer á Buenos Aires en el último tren de Chivilcoy.

Pero la policía se opuso á la traslación del cadáver y entre gallos y media noche desaparecieron el muerto y el vivo.

Aquellos que enterados del suceso hubieran regresado á la ciudad en el último tren del dia siguiente hubieran podido ver solos en un wagon al boticario y un desconocido que tenía mucha semejanza con el finado D. Meliton.

Como es de práctica, la prensa anunció la muerte repentina del Sr. Durquiola, y la viuda, según conversaciones, atronó la vecindad con sus gritos.

Pero pasaron tres días.

Y ya nadie se ocupó de D. Meliton.

IV

Una noche, dos embozados rondaban la casa del finado. Se detenían en la puerta, aplicaban el oido, observaban la calle y se retiraban para volver cinco minutos despues á repetir la misma operación.

El vigilante de la esquina, que por una aberración inexplicable se hallaba despierto, empezó á sospechar si serían aquellos dos ladrones y se propuso con su captura ascender en su carrera vigilante, haciéndose nombrar *cabo*.

Para el efecto ocultó su humanidad tras de la esquina, dejando ver solamente la extremidad de la nariz y el botón verde del morrón.

De pronto un tercer personaje apareció en la escena: como caminaba despacio púdose á la luz de un farol reconocer en él al capitán de artillería.

Llegó frente á la casa de D. Meliton, sacó desenfadadamente una llave del bolsillo, metióla en la cerradura, abrió, entró, y dió un soberano portazo en las mismísimas narices de uno de nuestros dos incógnitos, que al ver aquello, se había arrojado á contener al capitán.

El vigilante á todo esto se chupaba los dedos de gozo.

— ¡Ay! exclamó D. Meliton, pues á él era al que neataban de dar con la puerta en los hombros, y que por lo visto no había muerto. — Ha entrado como en su casa. ¡Infame! ¡Asesino! ¡Petrolero!

Calmó, habló el boticario, mucha calma. Todas las enfermedades del alma son curables, mi amigo. Para las situaciones difíciles se necesita mucho tino, mucha prudencia; y sería sensible que ahora que los pájaros están juntos, acorralados,

— ¡Ay!

— Se nos escaparán por nuestra culpa. No se queje usted. A grandes males, grandes remedios. El horizonte va á despejarse. . . .

— ¡Ay!

— Las nubes que encapotan el cielo van á desaparecer en breve y la verdad se hará tan rápidamente como el «*fiat lux*» del Génesis. Recuerdo que una vez, en Zárate. . . .

— ¡Ay!

— No me interrumpa, pues, decía que en Zárate una mujer engañaba villanamente á su marido. . . .

— ¡Ay! ¡Ay!

— Y este, desconsolado, fué á buscarme. Yo le di pronto un consejo: y poco despues ambos cónyuges se separaban para no volverse á ver sino en el valle de Josa-fat. El adquirió la certidumbre de que era engañado. . . .

— ¡Hii!

— Pero, esto no viene al caso; dejemos esos tórtolos. . . .

— ¡Huiii!

— Que se diviertan un rato. Nuestro plan es magnífico. Vd. tiene las llaves necesarias. . . .

— ¡Magnífico! pensó el vigilante que venía haciéndose á berrachón y describiendo groseros círculos en la vereda.

— Y no se nos escaparán, porque los tenemos bien seguros.

— ¡Por mi desdicha! gimió D. Meliton.

— ¡Y tanto! pensó el vigilante pasando. ¡De esta hecha soy *cabo*!

V

Media hora despues volvía á abrirse sigilosamente la misma puerta y daba paso á nuestros dos amigos. Cerróse luego sin ruido, y el silencio apenas levemente interrumpido volvió á reinar en la solitaria calle.

Como por ensalmo aparecieron frente á la puerta el oficial de servicio y el vigilante, *vigilante*.

Ah! murmuraba el primero, frotándose las manos: estos no son ladrones; un militar, luego estos dos, y con tanto misterio; . . . ¡son revolucionarios! ¡Magnífico! ¡Espléndido! Vd. merece, añadía dirigiéndose al polizón, una recompensa especial, y yo he trabajado por que la obtenga.

— Pero, señor, interrumpió este, llevándose ridículamente la mano derecha al morrón y arqueando el brazo izquierdo de tal manera que la mano quedó rigidamente abierta y el pulgar sobre el cinturon — ¡Y si no son *mitristas* y son ladrones no me *armatarán* el grado?

— Cállese vd. Todos los *mitristas* son ladrones y revolucionarios y bandidos, — y todos, como dice *La Política* deben ir á la cárcel por fascinerosos y canallas.

— Pero, . . .

— ¡Chist! Es preciso que no se nos escapen. Le digo que son *mitristas* y vaya. Vaya y tráigase siete vigilantes de la Comisaría, y de órden mia, que se coloque uno en cada esquina y otro en cada mitad de cuadra sobre la misma acera de esta manzana. ¡Eh! no se vaya, oiga: que dejen a todo individuo sospechoso, y que pidan auxilio si ocurre algo.

Fuése el vigilante y el oficial quedó inmóvil.

Durante este intervalo D. Meliton y el boticario habían entrado á la sala. Encendieron una linterna sorda y ambos se desenbozaron apareciendo con una túnica blanca que les ajustaba el cuello y que desarrollada les cayó hasta los tulones.

Para aumentar lo terrorífico de su presencia, se alborotaron el cabello (ambos lo tenían encrespado), y lo que es peor sacaron debajo la túnica una calavera donde había colocado un cabo de vela que encendieron profanado.

Concluida esta operación apagaron la linterna y se dirigieron al dormitorio.

Se oía el ruido de dos respiraciones fatigadas, y algunos ayes bajitos y tiernamente dolorosos.

D. Meliton no pudo sufrir aquello y exclamó ya en el paroxismo del furor:

— ¡Infame adultera!

Oyése un grito y un rugido—luego silencio—en seguida un golpe feroz en la puerta de calle y luego como ruido de sillas que cruzaban el aire y daban sobre cuerpos duros.

Algo debió caer y es de suponer que fuera alguna mesa de noche porque se rompió algo que pareció de loza, y á poco se sintió un oloresillo penetrante que no era á rosas por cierto, y que se coló por las ventanas de la nariz del boticario, quien maquinalmente soltó la calavera para acudir en socorro de aquella con el índice y el pulgar.

D. Meliton estaba desconocido; livido, colérico, desesperado se había arrojado al lecho, tropezando con el capitán en camisa, y no sabemos si en calzoncillos, y habían emprendido una lucha formidable, en que llevaba D. Meliton la parte peor, pues ademas de sus escasas fuerzas musculares se hallaba cogido por las piernas por dos manos, que no parecían sino de algún ahorcado; tal era la fuerza con que se habían aterrado á sus pantorrillas.

El boticario después de relevar los guardianes de su nariz, se había dirigido al ruido y sacudía ríos puntapiés y trompadas en la oscuridad.

El escándalo crecía y los golpes en la puerta de calle se multiplicaban asombrosamente.

VI

La policía cansada de llamar donde no le respondían echó la puerta abajo y invadió el domitorio.

— Aquí fué Troya!

— ¡Desen á presos! gritó la voz del presunto *cabo* al tiempo que estendía la mano como para tantear los objetos, y en cuya operación le metió un dedo en los ojos al boticario.

Se sintió el ruido de una nueva lucha. Era el farmacéutico que con una mano en el ojo y la otra ocupada en la nariz andaba á cabezazos y patadas por el cuarto.

Los vigilantes viendo (digo mal, porque la cosa era en tinieblas) los vigilantes, digo, comprendiendo que aquello andaba mal desenvainaron sus machetes y — ¡aquí te quiero ver, escopeta!

Aquellos hombres parecían poseídos del demonio; tal era el furor con que unos á otros se herían en la oscuridad, *y así como suele decirse el gato al ratón, el ratón á la cuerda, la cuerda al pato, daba el armario á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el centro á la moza, y todos menudeaban con tanta prisa, que no se daban punto de reposo*

Por fin á alguien se le ocurrió prender luz y todo el mundo se contuvo.

Solo allá en el lecho se veían dos bultos que se removían furiosamente y una voz entrecortada, rabiosa que decía:

— «Te he de ahogar adultera!»

El oficial se lanzó á ellos y los apartó.

Resonó un triple grito:

— ¡El patron!

— ¡Durquiola!

— ¡Eduviges!

Gritos que obedecían á sentimientos muy distintos. El primero lo había lanzado la mucama, pues ella era la que compartía el lecho de D. Meliton con el capitán. El segundo lo había dado este que creía con la mejor buena fe en la muerte del infeliz marido—y el último mezcla de rabia y alegría, de contento, sofocación, angustia, goce; grito indefinible en fin, pertenecía al pobre Durquiola, que creía alegar á su mujer, y no era á esta á la que ahorcaba.

Total: todos á la Policía:—el boticario con un ojo revenitado; el capitán con un puntapié feroz en el estómago—Eduviges media estrangulada y D. Meliton con la punta de la nariz rebanada de un sablazo.

VII

Hoy D. Meliton vive feliz y contento al lado de su mujer que fué á busear á Quilmes, y siempre que se suena las narices le vienen tentaciones de premiar con una paliza al boticario.

Este ya no se ocupa sino de su tienda.

Y el vigilante á quien le tocó un silletazo en la lucha anda influenciando para que le hagan *cabo*.

Angel Costa y Alvarez.

Buenos Aires.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN

Librería Nacional, calle 25 de Mayo—
Librería de la Tribuna, calle 18 de Julio
— Librería de Lastarria; calle 25 de Mayo 232.

TEATRO SAN FELIPE

COMPÀÑIA DRAMÁTICA ESPAÑOLA

MAGNIFICA FUNCION ESTRAORDINARIA

Hoy Domingo 8, á las 2 de la tarde

El renombrado drama titulado:

LA CABÁÑA DE TOM

A LA NOCHE

El precioso drama titulado:

LOS POBRES DE MADRID

A las ocho.